



www.loqueleo.com/ec

© 2005, Edna Iturralde

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle De Las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-095-8

Derechos de autor: 022751

Depósito legal: 003035

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Agosto 2005

Primera edición en Loquele Ecuador: Octubre 2018

Décima primera impresión en Santillana Ecuador: Octubre 2018

Diseño de colección: Manuel Estrada

Ilustraciones: Roger Ycaza

Diagramación: Kaloyan Amores

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Miteé y el cantar de las ballenas

Edna Iturralde



loqueleog



Dedicatoria

*A todos los niños y niñas de mi patria
y en especial a mis hijas, hijos y nietos,
para que nunca dejen de amar sus raíces,
sientan orgullo de nuestros logros en un pasado milenario
y jamás pierdan la fe en sí mismos.*

Agradecimiento

*A Jorge Marcos Pino, Javier Véliz Alvarado,
María Antonieta Fumes, Carlos Núñez Calderón de la
Barca, Guadalupe Cruz De Howitt, Patricio Tamariz,
Cristóbal Cobo Arízaga, Richard Lunniss, Patrick Gay,
Carlos Chica Medrana, Alejandro Santos, Freddy Acuña,
Fortunato, Josefa Asensio, Emilio Mite,
Ana María Mite, Alai Jara, Alejo Ventura Chilán,
Merci Ángel Yagual y José Eduardo Tomalá.*



*... y ahora sé, sin duda alguna,
de dónde nos viene esa veta de curiosidad e ingenio,
puesto que fueron nuestros antepasados de la Costa
quienes conquistaron, desde la Mitad del Mundo,
el océano Pacífico mesoamericano y sudamericano,
cabalgando sobre las olas en una frágil balsa.*

EDNA ITURRALDE



Prólogo	13
Fuegos celestiales	17
El santuario	21
Sorpresas en la isla	27
El regalo de las diosas	34
Los espíritus de los antepasados	40
En Salangone.....	44
La balsa	50
La partida	57
El Mar del Tiempo	65
Valdivia	71
Una historia de ballenas	76
El extraño silbato	81
El chamán jaguar	88
Las extrañas figuras de cerámica	93
Con el señor de Sacachún	97
Un encuentro accidentado	103

Los gigantes de Sumpa	107
En el reino de los chonos	113
La cocina de brujo	118
La esmeralda sagrada	123
Con la liga de mercaderes	128
De vuelta del Mar del Tiempo	134
La magia de las estrellas	139
La <i>Isla-sagrada-de-los-pájaros</i>	144
La tormenta misteriosa	148
La prueba	153
En las Islas Encantadas	156
El amuleto de gigante	160
Cambio en el firmamento	165
La nueva estrella	170
El encuentro	174
El dios Tlaa	183
Sorpresas antes de partir	188
Se resuelven algunos misterios	193
La verdadera misión	199
Nota final de la autora	207
Mapas	211
Bibliografía	217
Biografía	221
Cuaderno de actividades	223



El niño Miteé no solamente viaja por el espacio geográfico y por el tiempo, sino que va recopilando una etnografía de los pueblos antiguos de la América prehispánica y describiendo el proceso histórico de la globalidad que van construyendo a través del tiempo. No es extraño que Miteé, este niño nacido hace 3 200 años, cuando las alfareras de la Costa de Ecuador producían cerámica en el estilo Machalilla, hiciese sus viajes en el lomo de Uuam, una ballena, uno de los seres más importantes en el panteón de los pueblos navegantes del Pacífico, desde Alaska hasta la Patagonia.

Es Uuam quien tiene el don de viajar a través del tiempo, ya que el poder moverse grandes distancias geográficas es inherente a las ballenas y lo hacen por todos los océanos del mundo. Miteé aprende de los chamanes, hombres y mujeres, observadores científicos de los eventos naturales, sus indicadores y

manifestaciones. Estos mágicos personajes se aparecen a Miteé de diferentes maneras, encarnados en su forma humana o en la de los animales del bosque seco tropical en que nuestros pueblos ancestrales habitaron. La zarigüeya, sabia y astuta, personifica a uno de ellos.

14 La historia etnográfica y arqueológica que ha construido Edna Iturralde en este libro no solamente es eso, sino que además articula con el saber de los chamanes sobre los eventos astronómicos que se dieron en cada momento, en cada época que describe. Edna hace viajar a sus lectores a través de las constelaciones, el tiempo y el espacio sin que ocurran anacronismos ni notas discordantes. Se me hace que Edna es una gran directora de orquesta que puede leer la compleja partitura de la historia y llevar a buen puerto esta sinfonía en que mezcla mitos, información científica, con alardes de cuerdas, metales, maderas, tambores, flautas y trompetas de caracol.

Con *Miteé y el cantar de las ballenas* tenemos entre manos una gran obra que, ostensiblemente, está dirigida a los niños, pero que como todos sus libros enseñará mucho a los padres, pues a través de su lectura Edna hace ver cómo el estudio de la historia

debe ir hilvanándose con la mitología y con una cronología marcada por el gran reloj universal de las estrellas. Estoy seguro de que quienes lean este «pequeño» gran libro van a encontrarse sorprendidos por la cuantiosa cantidad de información veraz que entrega al lector. Yo he aprendido mucho.

Jorge Gabriel Marcos Pino
Profesor de Arqueología de América

15



Las mágicas luces danzaron contra el cielo oscuro formando cortinas de nubes en tonos verdes y rojizos, que se reflejaron en las montañas y en las llanuras de hielo. Varios pingüinos emperadores, de pie en la nieve, cambiaban constantemente el color de las plumas blancas de su pecho pintadas por los destellos luminosos de los fuegos celestiales.

Una fina línea dorada y brillante dibujó el horizonte y lo separó de la noche. Era la aurora austral que resplandecía en toda su grandeza sobre el hielo eterno de la Antártica.

De pronto, se escuchó un ruido ensordecedor. Un enorme pedazo de hielo, un iceberg, se desprendió de la barrera helada del continente y se hundió de costado en el mar. Cuando volvió a surgir lo hizo con pesadez; primero apareció un extremo lleno de bordes desiguales, como el puño amenazador de un gigante, que se fue elevando en el agua. El iceberg se inmobilizó frente a la costa y flotó. A su alrededor, la parte

superior del agua comenzó a congelarse. El invierno polar del sur de la Tierra se aproximaba.

Cormoranes, gaviotas, palomas, patos y albatros antárticos ya habían emigrado a zonas más cálidas algunas semanas atrás, igual que las focas y los lobos marinos. También los delfines, las ballenas azules, los cachalotes y las orcas se habían marchado huyendo del frío invernal.

18



Pero todavía quedaba un pequeño grupo de ballenas yubarta, que aquella temporada se había demorado en partir esperando un augurio mágico, una señal que debía venir del cielo y no llegaba.

En esa noche polar, las ballenas y los pingüinos emperadores, únicos animales que no emigran de la Antártica, se acompañaban mutuamente: unos, en la superficie nevada y las otras, en las aguas del mar

que cada vez se volvían más y más frías. Las hembras preñadas se hallaban inquietas, porque sabían que debían llegar a tiempo para que sus crías nacieran en aguas tropicales o los ballenatos no podrían sobrevivir. Nadaban en círculos, rodeadas de las más viejas y sabias que impartían órdenes a las más pequeñas y traviesas para que no se separaran del grupo. Junto a ellas se encontraban los machos viejos y los jóvenes, que se habían puesto de acuerdo para no pelear y así poder concentrarse en cuidar a sus compañeras. Las ballenas, machos y hembras, estaban bien alimentadas y gordas, con una gruesa capa de grasa debajo de la piel que las protegía de las aguas heladas. En los últimos meses, habían comido en abundancia para prepararse para enfrentar el largo viaje que les esperaba. Con la mirada fija en el cielo, observaban ansiosas las mágicas luces esperando la señal que les indicaría su partida.

Una ballena, con marcas de media luna en la cola, se separó del grupo sumergiéndose veloz para no llamar la atención. Quería ver una vez más la ciudad secreta, situada debajo del lugar donde se encontraban reunidas.

Se impulsó con sus largas aletas ubicadas a cada lado del pecho y su cola horizontal y plana, nadó hacia la profundidad y se detuvo donde había columnas

19

caídas y paredes derrumbadas cubiertas por algas marinas que ondulaban suavemente. El animal fro-
tó su lomo contra las ruinas de la ciudad perdida
de Atlántida, que solo conocían las ballenas. En ese
momento escuchó el llamado de sus compañeras. Al
salir de nuevo a la superficie, miró que el cielo había
cambiado de color y estaba cubierto de una luminosi-
dad anaranjada rojiza profunda, mezclada con tonos
lilas y morados. Era la señal esperada para partir.
La luz celestial había adquirido el mismo color que
el de las conchas mágicas que se encontraban frente
a las costas tropicales donde el sol caía perpendicu-
larmente, directo en el mar al que las ballenas se diri-
gían todos los años.

El macho más viejo comenzó a cantar la primera
frase de una canción.

—*Saaalangoeeee, mar del soool... mar del sol,
Salaaaaangoooooo...*

Y los otros machos se unieron a la canción:

—*Saaalaango, Salangoooo...*



Al norte, a ocho mil kilómetros de distancia desde
donde partieran las ballenas en su largo viaje, jus-
tamente en las playas de Salango, Miteé, un niño de
diez años, sujetaba con cuerdas de cabuya los tres
troncos de balsa que formaban su pequeña embarca-
ción. Tenía el cráneo deformado a propósito (con la
cabeza alargada y la frente plana, símbolos de belleza
y poder en su cultura, logrados mediante la aplica-
ción de tablillas en el cráneo de los recién nacidos) y
el rostro y el cuerpo tatuados con líneas rojas. De sus
orejas, perforadas en todo el contorno, colgaban hilos
de colores amarrados como aros. Debajo de los labios
tenía una fila de pequeños orificios que servían para
insertar plumas en ocasiones importantes.

Miteé pertenecía a lo que tres mil doscientos
años más tarde se conocería con el nombre de cul-
tura Machalilla.

A la tenue luz del amanecer, el niño terminó de
amarrar los troncos y haló con fuerza de las cuerdas